

Eloísa está debajo de un almendro

Enrique Jardiel Poncela

Edición de Gabriel Mas Mateu

ÍNDICE

9 **Introducción**

- 9 Luces y sombras de un genio del humor
- 10 La risa, el amor y la tristeza
- 14 Breves pinceladas históricas
- 15 La acción
- 16 Prólogo
- 18 Acto primero
- 21 Acto segundo

25 **Elísa está debajo de un almendro**

- 27 Prólogo
- 59 Acto primero
- 101 Acto segundo

149 **Después de la lectura**

- 149 La lógica del absurdo

INTRODUCCIÓN

Luces y sombras de un genio del humor

Al hablar de Enrique Jardiel Poncela es inevitable destacar lo compleja y controvertida que resulta su figura. Autor de una amplísima obra literaria, escrita en su mayor parte en las mesas de los bulliciosos cafés de Madrid, fue un renovador del teatro español de la primera mitad del siglo xx, creando una forma especial de humor inteligente, inverosímil y absurdo. Sus comedias y novelas fueron ampliamente apreciadas por el público y algunas de ellas adaptadas al cine. Disfrutó de la fama y del éxito más absoluto, llegando incluso a trabajar en Hollywood, donde se codearía con algunas de las estrellas más importantes del momento —como su admirado Chaplin— y fue un apasionado mujeriego y vividor en general. Por otro lado, también conoció la cara amarga del éxito. Estuvo perseguido por las fuerzas republicanas, fue censurado por el régimen franquista al que apoyó sin ambages, cosechó algunos sonoros fracasos en taquilla y sufrió importantes desengaños amorosos. Repudiado por la crítica y olvidado por el público, murió en la ruina y el ostracismo. Su estilo de vida, bohemio y muy liberal, contrastaba con su ideología, conservadora y reaccionaria. Su obra, ciertamente adelantada a su tiempo, estuvo prácticamente abandonada durante muchos años, ya que no solo era despreciada por los intelectuales de izquierdas debido al apoyo del autor a la dictadura franquista, sino también resultaba incómoda para la derecha más retrógrada.

Así, Jardiel Poncela es un personaje sorprendente por sus claros oscuros, su ingente producción literaria, su renovador sentido del humor y los grandes éxitos y fracasos que cosechó, tanto en vida como después de su muerte. Ya lo resume su epitafio, no sin ciertas dosis de reproche y de humor negro: «Si buscáis los máximos elogios, morfos».

Eloísa está debajo de un almendro está considerada como una de sus mejores obras y atrajo una gran cantidad de público al teatro, llegando a la admirable cifra de 230 representaciones. Es una comedia estrenada y ambientada en 1940, justo después de la Guerra Civil, pero no lo parece, ya que, además de la ausencia de referencias históricas, sus hilarantes situaciones y sus personajes trastornados crean un divertido retrato de lo absurdo que trasciende las barreras del tiempo. Prueba de ello es el éxito que ha seguido obteniendo cuando se ha vuelto a representar en este siglo XXI, convirtiéndose en todo un clásico del teatro de humor.

La risa, el amor y la tristeza

Enrique Jardiel Poncela nació en Madrid en 1901, en el seno de una familia de clase media, culta y artística. Era el único hijo varón después de que sus padres tuvieran tres hijas, una de las cuales fallecería de meningitis con tan solo dos años de edad. Su padre fue un periodista liberal que también escribió alguna obra de teatro y estuvo ligado a los inicios del PSOE —que surgió como un partido marxista y no socialdemócrata como en la actualidad—. Su madre era una pintora defensora de los derechos de la mujer. Con su padre asistía a la tribuna de prensa del Congreso de los Diputados, mientras que con su madre visitaba el Museo del Prado. Además, en casa contaban con una nutrida biblioteca, que le permitió conocer y familiarizarse con los escritores clásicos. Con este ambiente familiar, Jardiel se empapó de influencias artísticas desde bien pequeño y fue un escritor realmente precoz, aunque antes que por la escritura se interesaría por el dibujo, afición que le acompañaría durante el resto de su vida, si bien, de una manera bastante menos académica de la que le hubiera gustado a su madre.

Estudió en la Institución Libre de Enseñanza, que era un colegio laico y progresista, y de ahí pasó al Liceo Francés. No fue un estudiante modelo precisamente, de carácter rebelde y travieso, faltaba a clase y se peleaba con los compañeros. Su padre, tratando de inculcarle una mayor disciplina, le matriculó para que estudiara el bachillerato en una escuela religiosa de los escolapios.

En 1916 se cambiaron de casa, de un cuarto piso en la calle Apodaca a un entresuelo de la perpendicular calle Churruca, debido a los graves problemas de salud que padecía su madre. Allí conocería al poeta Manuel Machado, que le animaría a seguir escribiendo y, sobre todo, a Serafín Adame, un muchacho de su misma edad con el que escribiría multitud de obras en colaboración. En 1917 falleció su madre a los cincuenta y un años, lo que supuso un revés muy duro para nuestro autor.

En 1919, los esfuerzos de las agotadoras sesiones de escritura de Jardiel y Adame tuvieron su recompensa, pues estrenaron por primera vez una comedia escrita por ambos: *El príncipe Raudhick*. Además, por aquellos tiempos empezó a salir con su primera novia: Amparo Robles, una chica del barrio por la que también suspiraba su socio Adame. Comenzó y abandonó los estudios de Filosofía y Letras, y como sabía escribir buscó empleo de periodista en los múltiples diarios que se editaban en Madrid. Después de algunos trabajos descubrió que el periodismo no era realmente lo suyo, pero esto le sirvió para recalcar en 1922 en la revista *Buen Humor*, fundada el año anterior. Allí coincidiría con Miguel Mihura, Edgar Neville, Antonio Lara «Tono», José López Rubio y su admirado Ramón Gómez de la Serna. Mientras, seguía escribiendo, cultivando prácticamente todos los géneros y estrenando comedias, continuando la colaboración con Adame.

En 1925 y 1926 se produjeron importantes momentos de cambio y ruptura, ya que dejó a Amparo por la escritora y pintora Josefina Peñalver —protagonizando todo un escándalo al irse a vivir con ella sin estar casados— y también se «divorció» de su socio Adame, empezando una nueva fase literaria en solitario, centrándose en el humor. Un humor vanguardista, que rompía con los anticuados clichés del humor facilón y castizo —Jardiel lo llamaba humor *asqueroso*—. En un alarde de generosidad, o precisamente por saberse